

# De los libros que nos llegan

(Índice)

[EDUARDO BARRIOS.—*El hermano asno*. (Novela). Santiago de Chile, 1922; pp., 240]

CHILE tiene excelentes escritores. Entre ellos, a Eduardo Barrios, el autor de la novela *«Un Perdidon»*; con la que ha ganado renombre continental americano. En el teatro descuellan también Barrios. Ahora nos remite su última novela *«El hermano asno»*. Al cuerpo lo llamaba «asno» San Francisco, y así lo recuerda Fray Rufino, el santo del convento franciscano en que la novela transcurre. Recordemos, de paso, que nuestro don Mauro Fernández llamaba al cuerpo «la bestia». En forma de diario refiere con habilidad suma Fray Lázaro los sucesos. *«El hermano asno»* de Barrios y *«Alsino»* de Pedro Prado, son dos libros extraordinarios con que el ingenio de Chile ha contribuido al ornato y orgullo de las letras americanas contemporáneas. Al anunciarnos *«El hermano asno»*, ya nos decía con razón Gabriela Mistral:

«Le envía Eduardo Barrios su bello libro último, que yo leí con orgullo: empezamos a hacer prosa fina, sólo ahora».

Y es todo un símbolo la novela de Barrios. Porque ahí vamos: haciendo lo posible por aliviarnos esta carga del «hermano asno».

Júzguese del «ambiente» de la obra, del estilo, muy notable, de Barrios en esta novela, por los fragmentos que luego transcribimos.

VUELVO de hacer mi clase de Historia Franciscana a los novicios y encuentro aseada mi celda.

No me sorprende: Fray Rufino me tiene habituado a este regalo matinal. Se siente unido a mí como a nadie en el Convento, porque ambos permanecemos sin ordenar. Nos quedamos diáconos; yo, por los escrúpulos acerca de mi pasado mundano y pecador y por la vacilante depuración de mi alma; él, porque a causa de su vivir penitente no pudo concluir los estudios.

La mañana está fresca, centelleante y pura, como la voz de un pájaro. He abierto mi ventana y mis puertas de par en par, y entran olores jóvenes que aspiro hasta el fondo de mis entrañas.

No tengo nada que hacer, ningún sentimiento en el pecho. En nada pienso. Nada deseo. Veo limpio el

aire... los aires, hasta el azul; limpio el jardín, donde todo luce niño y ligero; limpia mi celda; y están limpios mis sentidos, mi conciencia y mi sensibilidad.

De modo que soy feliz.

Esto es la felicidad, Señor, una limpieza de fuera y dentro, y sentir el alma fresca y transparente, hecha un cristal muy fino al cual llegan suavemente sensaciones suaves, semejantes a seres simpáticos que se nos aparecen sin que los esperemos y con el rostro sonriente y claro.

Me voy. El huerto llama en momentos así. Quiero andar, cubrirme de luz bajo este sol benigno, y llevar pegada a mis sandalias tierra oscura y esponjada, y asomarme al pozo y ver su fondo que copia el cielo como un alma inocente, humilde y silenciosa.

Fuí.

No hay olor a flores, en el huerto; hay un olor verde, a legumbres vivas.

Metiéndome por la hortaliza, me he sentado entre las coles y he acariciado largo rato un repollo gris, y luciente como si le hubiesen plateado, un repollo duro, hinchado, con la vida de un cuerpo.

Todo entraba nuevo por mis sentidos limpios y ávidos.

Fray Bernardo ha colgado en el marco de su puerta una jaula de cañas donde un jilguero salta.

Una paloma muy blanca bajó del olivo viejo, se posó en el brocal del pozo y se puso a beber el agua estancada en los maderos carcomidos, sin cuidarse de que el hermano Juan subía el cubo para llenar una escudilla de greda.

Por fin, me pongo de pie, abro las manos, cierro los ojos y levanto al cielo la cara; y el sol resbala su tibieza entre mis dedos, la derrama por mis facciones inmóviles, pasa a través de mis párpados y toma posesión de mis venas como una divinidad del bienestar.

Comprendo, Señor, el placer que tu Divina Clemencia reservó a los ciegos.

De pronto he abierto instintivamente los ojos, y he visto a mi lado al hermano Juan. Traía el cántaro de greda lleno y le he pedido de beber.

Señor, el agua delgada y casta entró por mi boca, bañó mi pecho y llegó hasta mi corazón.

—¿No sabe, Padre Lázaro?—me ha dicho después el hermano Juan.—Un milagro. ¡Un verdadero milagro! Fray Rufino... lo acabamos de ver... pone

un plato de sobras en su celda y se juntan a comer allí, como grandes amigos, los gatos y los ratones.

—¿De veras? ¡Alabado sea Dios, hermano!

He debido exagerar mi asombro. Con perentorio pestañeo y cándido enarcamiento de cejas, los ojillos celestes del buen hermano Juan me lo exigían.

—De veras, Padre. ¿Y qué se imagina usted que dijo al vernos tan edificadas y temblando? Que no era nada, que hacía un siglo, en Lima, lo había conseguido ya un beato dominico, y que él solo había pedido al beato su intercesión a fin de obtener para nuestro Convento igual merced. ¡Mire que decir que no era nada!... ¡Un milagro! Así le porfiábamos nosotros. ¡Un milagro! Y él entonces se ha confundido y nos ha recomendado mucho que nos callemos.

—Pero ustedes ya se lo tendrán contado a la comunidad entera, seguramente.

—En alabanza de Nuestro Señor Jesucristo se han de contar siempre estas cosas. Que las sepa el siglo. Ah, pero hay más todavía: les hablaba, mientras ellos comían. ¡Les hablaba a los ratones y a los gatos, Padre Lázaro! Si me parecía estar oyendo leer las Florecillas, cuando Nuestro Padre San Francisco les habló a los pájaros. «En adelante, les decía, no van a ser enemigos, que es contrario al amor de Dios el que sus criaturas se odien y se devoren las unas a las otras». ¿No es un santo? Y con las plantas tiene la misma piedad. ¿Ve, Padre, ese vástago que apuntala el jazmín? Pues señor, él vió el otro día que brotaba y que medio lo habían tronchado, y le amarró esas tablillas y le pegó esas champitas de barro para que se curase. Sabe Dios qué milagro nos resultará de ahí también.

Sí, hermano Juan, toda esta mañana fué un milagro.

Los donados han cogido una lechuga en la torre y la tienen ahora encaramada sobre una viga del claustro. Esta tarde acudimos varios frailes a verla.

Y he aquí que en emedio del regocijo y la broma, Fray Elías me lanza una sandez.

Como es un fraile sin ensueños, sin pasado, sin escrúpulos, ignora cómo se languidece por ansias del alma, qué durable tortura dejan algunos actos en la conciencia y cuántas horas hay durante las cuales quema el sayal como un nuevo error cometido.

De suerte que ha podido comparar la lechuga con «las almas que se roen a sí mismas en la sombra»; y ha podido también, cuando le he replicado, decirme con airecillo de aburrida sorna: